

LIBROS

Geoff Dyer
TAREAS.
UNAS MEMORIAS

Jose Dalisay
LA HERMANA
DE SOLEDAD

Cynthia Ozick
ANTIGÜEDADES

Iain McGilchrist
EL MAESTRO Y SU EMISARIO. EL CEREBRO DIVIDIDO
Y LA CONFORMACIÓN DEL
MUNDO OCCIDENTAL

Benito Arruñada
LA CULPA ES NUESTRA

Soledad Puértolas
EN EL CAMPING

MEMORIAS

Las colinas azules o cómo apuntalar el tiempo

por **Mireya Hernández**



Geoff Dyer
TAREAS. UNAS MEMORIAS
Traducción de Damià Alou
Barcelona, Random House,
2026, 344 pp.

“¿Pueden los recuerdos de la infancia [...] desviarse tanto de la realidad, ser tan falsos?”, se pregunta Geoff Dyer en *Tareas*. Para él, su niñez es “una época de sol perpetuo” porque las fotos solo se tomaban en los días luminosos. Hijo de una cocinera y de un obrero de la industria metalúrgica, de pequeño quería ser buzo o paracaidista, pero llegó un momento en que los libros lo invadieron todo y acabaron sustituyendo a los pósteres de rock progresivo y la parafernalia del Chelsea en las paredes de su habitación.

Son los años setenta, los de las primeras peleas, los primeros pubs, los primeros conciertos, los primeros

trabajos, los primeros besos, los primeros polvos. “El pasado es este país, esta Inglaterra. Inglaterra, mi Inglaterra”, la del Vauxhall Victor azul cielo (“el color de las vacaciones”) con el que iban a visitar a toda la parentela, pues ya eran parte de “un nivel de vida que subía como la marea”. Y aunque sus padres seguían aferrados a los viejos valores del ahorro y la gratitud (“siempre nos conformábamos con lo gastado, lo de segunda categoría”), el Estado de bienestar campaba a sus anchas. “Era deprimente llegar a casa del colegio y encontrarme allí a mi madre, esperándome, con los ojos irritados, como el fantasma de una casa que se hubiera quemado hasta los cimientos en ese mismo lugar treinta años atrás”, pero, por fortuna, la tele también estaba allí: primero la vieja en blanco y negro, y después la Sony Trinitron en color.

En su “esfuerzo por disolver el paso del tiempo”, Dyer, usando un vocablo del libro, creosota sus recuerdos, les aplica un líquido viscoso y pardo para preservarlos de la putrefacción, como se hace con las carnes y las maderas. Son recuerdos llenos de óxido (el del columpio del jardín trasero, el de los baños del hospital, el del

bidón que se utilizaba para las hogueras, esas hogueras que advertían a los vecinos de que ya habían llegado a la parcela donde “nadie trabajaba deprisa, solo a la velocidad del humo errante”). “¿Era, por lo general, una época más oxidada, o solo se ha vuelto más oxidada en retrospectiva, parte de la corrosión activa de la memoria?”, se pregunta Dyer. No en vano, dice un poco después, “gran parte de este libro está escrito en los márgenes de lo que falta”. Está lo que falta y lo que se falsea, como el Rolls Royce blanco que en realidad era amarillo. Y aquí volvemos al principio de este texto desnortado.

En la estela de John Berger y Sebald, Geoff Dyer hibrida géneros y transita por los caminos libresco como los chavales que se limitaban a dar vueltas por High Street y de vez en cuando entraban en un local a comprar zurullos de plástico y trucos de magia. Es desternillante como Martin Amis, aunque su humor es menos negro y menos sarcástico. Geoff es el gamberro que corre sobre los coches aparcados en Regent Street: salta, divaga, te hace reír y, un segundo después, te encoge el corazón. Esa errancia suya, tan adictiva como las montañas de azúcar que consumía de niño, traza

una radiografía de la Inglaterra de posguerra que miraba hacia el futuro, un futuro que “llamaba a nuestra puerta: nos lo traían a casa como la leche”.

Tareas es un libro que se ve (los “destellos blancos del carbón negro”, “el verde de la hierba aturdida por el sol”, la palangana roja volviéndose “gris por la espuma y las diminutas briznas de barba”), se huele (“un olor espeso a salsa incrustada de décadas”, “y aunque no había vacas en las inmediaciones, flotaba también un permanente tufo a vaquería. Aunque este era el olor de la pobreza”), se oye (“el estruendo y las embestidas de luces y ruido”), se palpa (los pañuelos de tela “acartonados de mocos amarillos”) y hasta, en una especie de sinestesia extraña, se saborea (“cordero gris –solo grasa y cartílago– con puré de patatas aguado y grumoso”). Por sus páginas aparecen, entre otros muchos, Robin Hood, Tarzán, Robinson Crusoe, los Beatles, James Bond, indios y vaqueros, leyendas artúricas, los Rolling Stones, “un borroso Leeds United”, Los Cuatro Fantásticos, Tom Jones con sus pastos verdes, Margaret Thatcher y su madre costurera, John McEnroe, los mods y los *skinheads*, el NME, Sam Peckinpah, Jacques Cousteau, los Monty Python, George Best, Batman y Shakespeare, por todas partes Shakespeare, como las margaritas del jardín familiar.

La vida a la que no podemos regresar, eso es este libro: una cápsula del tiempo que contiene todo lo que ya no es, todo lo que ya no está. Sería fácil caer en la nostalgia y lamentarse por lo que hemos perdido, pero el autor británico va desgranando las historias – las propias, las ajenas, las de su país y, en cierto modo, las del planeta entero– con tanta ternura y con tanto sentido del humor que al lector no le parece estar en un entierro, sino en una de esas fiestas en que un grupo de amigos celebra la vida de otro que acaba de morir. El mundo de las memorias de Geoff Dyer no existe, se ha quedado atrás como los pájaros disecados de la tía Joan, como las vacas que pastaban

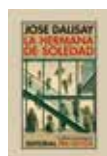
en el campo junto a las torres de alta tensión –¿qué habrá ahora donde antes estaban esas vacas?–, pero podemos verlo perfectamente, con una luz tan intensa que casi nos ciega, como cuando abrimos un viejo álbum familiar y reaparece el pasado por arte de magia. En la foto de la portada, con esos azules y rojos y verdes que brillan como cohetes en el cielo, los Dyer y su vida en tinte color existen como existe la mano que sostiene el libro, porque ya lo decía Jonas Mekas: da igual los años que pasen, al mirarlos vuelven a ser reales, como los árboles, el cielo y la pista de tenis junto al huerto. Al fin y al cabo, “los lugares permanecen, siguen ahí, donde estaban, mucho después de que hayan desaparecido”. ~

MIREYA HERNÁNDEZ es escritora. En 2025 publicó *Veo el mundo como una gran sinfonía* (Pepitas de Calabaza).

NOVELA

La tumba de Eva en Manila

por **Alberto Penadés**



Jose Dalisay
LA HERMANA DE SOLEDAD
Traducción de Luis Castellvi
Laukamp
Valencia, Pre-Textos, 2025,
228 pp.

En la plaza de las Estatuas de Hong Kong se congregan cientos de mujeres filipinas formando grupos y corrillos. Las estatuas, salvo una, hace tiempo que no están. Es interesante que la idea de grupo nazca en el lenguaje renacentista para designar estatuas, no personas. El grupo es una abstracción; la palabra no nos hizo falta hasta que los humanos nos volvimos individuos, más que gente de familia. O eso nos gusta pensar. Para esas mujeres su familia es casi todo lo que hay. Están allí porque es su obligación; para sustentar a sus hijos, ayudar a sus padres

mayores, a que una hermana o hermano acabe los estudios, comprar una casa o una tierra... y para cambiar. Soledad había sido una de ellas.

La hermana de Soledad (Pre-Textos, 2025) es una novela sobre la diáspora filipina, pero sobre todo sobre los que se quedan; sobre la sororidad y, especialmente, la maternidad; y sobre una sociedad que parece sostenida con alambres y puede dar risa, pero en el fondo sobre la firmeza de la humanidad. Esta es la segunda novela de Jose Dalisay (1954), aparecida en inglés en 2007. Ese año fue una de las tres finalistas para el Man Asia Literary Prize. Novelista lento, su primera novela es de 1992 (*Pasando el rato en un país cálido*, Libros del Asteroide, 2012). Ambas han sido traducidas a varios idiomas. Luis Castellvi, gran conocedor de esta literatura, lo hace con elegancia y la ha presentado en la última Feria de Fráncfort, donde Filipinas ha sido el país invitado de honor.

Los trabajadores filipinos de ultramar, designados por las siglas OFW (*overseas filipino worker*), que a gala llevan, son una inmensa multitud, a menudo con pocos derechos. Las mujeres son mayoría. En Hong Kong su vida no es fácil, pero hay sitios mucho más duros. Hay más de un millón en los países árabes, la mitad en Arabia Saudí. “Hay una ciudad muy muy lejana... junto a un mar que llaman Rojo. La ciudad es Yeda. Déjame repetírtelo para que lo recuerdes: Ye-da. Aún no he encontrado ninguna foto, pero nada cerca del mar puede estar tan mal... y tienen reyes y príncipes, y gente como nosotras para barrer la arena de sus palacios y bañar a sus perros.” Soledad se despidió de Aurora, su hermana Rory, una adolescente que se guarda el miedo y queda al cargo del niño que le entrega; de Hong Kong había vuelto embaazada y repudiada; en Yeda se ahogó, posiblemente la ahogaron.

Subrayo el drama, perfectamente real, porque el libro no lo hace, para mejor entender su logro, su tono y su

ternura. Al aeropuerto de Manila llegan varios cientos de cadáveres de trabajadores de ultramar cada año. Allí comienza esta historia, y lo hace con humor.

En el aeropuerto, una familia se encuentra con un cadáver que no es el suyo; vienen de muy lejos, están al límite, pero, ya que están en la capital, se van a tomar un helado a un centro comercial. La policía debe localizar en algún lugar del país a la ignorante familia de quien sí ha llegado, que para mayor enredo lleva el nombre de una persona viva y no de la verdadera desgraciada. La difunta Soledad había emigrado fingiéndose su hermana. A partir de este sencillo cuento de humor negro brotan dos personajes formidables, Aurora, la hermana que para ir tirando canta en un garito en el límite de lo respetable, y Walter, un astuto policía relegado a provincias por culpa de un amorío por debajo de ese límite. Sus vidas, su encuentro y el viaje en furgoneta hasta Manila para recuperar el ataúd son el nervio de este gran libro. La historia se puebla de recuerdos y de personajes secundarios, posiblemente demasiados para el gusto moderno, pero a quién le importa.

Todos los buenos libros tienen algo del *Quijote*. Dalisay quiso hacer una comedia negra, lo ha dicho así en una entrevista en *Letras Libres*, pero le salió otra cosa. Hay vidas que la literatura ilumina o dignifica, pero en definitiva emplea, y hay vidas ante las que se inclina humilde, con elegante

admiración. Y mejor aún es cuando la literatura solo parece querer poner luz sobre una vida al servicio de sus fines, pero la creación es tan admirable que tuerce el designio del autor. En este libro creo que hay algo de todo esto. La triste historia de Soledad enmarca la de su hermana y la de Walter, y estos crecen como magníficos humanos todavía vestidos para la comedia. Asimismo, Dalisay tiene que dejar la historia de Soledad en el trasfondo, pues es demasiado grave para ponerla en el centro, para convertirla en un tótem. Es un triunfo del tono, una tragedia y una comedia atenuadas por la calidad espontánea de los protagonistas. El libro no es por eso liviano, la historia abriga una intuición moral muy valiosa, y el marco dramático siempre es visible.

Como arquitectura, la obra tiene dos partes muy claras, aunque no señaladas. En la primera solo sabemos de Soledad por las noticias que da su hermana. En la segunda se incorpora su voz y nos cuenta cosas que Aurora no sabe. La primera son cuatro capítulos largos, los que más me gustan. Son capítulos casi suficientes, como relatos que podrían leerse en cualquier orden. Crean un mundo y da igual la entrada. En la segunda se van aclarando las cosas —el secreto de Soledad, la caída de Walter— al tiempo que se desarrolla la aventura. Son nueve capítulos más cortos. Forman dos mitades limpias del texto, y entre ellas hay un capítulo cuya ausencia, siento decirlo, mejoraría todo. La melodramática historia de la muerte de los padres y el hermano menor de Soli y Rory deslucen el tono, pues sería mucho mejor una elipsis, algo como un recuerdo reprimido o mal comprendido, como hay otros en el texto, brillante en eso. Además, es una inelegancia de composición. La historia nos llega desde la conciencia de Aurora, una niña pequeña entonces, pero el narrador interviene en su ayuda y hasta se pone en el lugar de Soledad. Dalisay solo le da la palabra en el capítulo siguiente,

iniciando la segunda parte: “Esta es la historia que los labios amoratados de la mujer fallecida no pudieron contar.” Lo anterior no debería haberse contado. Pero qué no habría hecho un editor con la primera parte del *Quijote*.

Como producto cultural, hay que valorar el libro también por lo que no es. Había materia para la expresión doctrinal que solo conoce el tono solemne, o que se le parece, y los clichés del sufrimiento, el coraje y el ser uno mismo. Una historia de globalización y feminicidio podría asegurarse el éxito entre ese gran número de lectores a los que un buen libro produce voladuras capitales o íntima congoja, según tienen a bien compartir con nosotros en las redes. Por no pensar en el potencial de lectura militante, o en el considerable espacio comercial para, por ejemplo, trenzar el drama de Soledad con el de una mujer canadiense con la que se cruzase en el aeropuerto, rumiando sobre su entorpecido ascenso y sus exnovios. De esto, nada. Su veta profunda es mucho más firme.

En las afueras de Yeda se veneraba la tumba de Eva, la madre de la humanidad, hasta que los fanáticos wahabitas la destruyeron. El capitán Burton la describe en su *Narración personal de un peregrinaje a Medina y Meca* (1856, cap. 34). Allí besó el jeroglífico de su ombligo. Dalisay menciona la tumba como una leyenda. Que lo haga nos hace pensar en un símbolo. “Cuidarás de mi hijo como yo he cuidado de ti”, le dice la hermana mayor a la menor. Mira al niño, y el narrador termina por ella: “Sabía que lo echaría de menos, pero el deber, pensó, también era una suerte de amor, quizá incluso superior. Siempre ha sido una cuestión de deber, de hacer lo correcto por y para los demás, aunque no lo supieran, costara lo que costase.” ~

ALBERTO PENADÉS es profesor de sociología en la Universidad de Salamanca. En 2016 publicó *La reforma electoral perfecta* (Libros de la Catarata), escrito junto a José Manuel Pavía.



Cynthia Ozick y el templo maldito

por **Rebeca García Nieto**



Cynthia Ozick
ANTIGÜEDADES
Traducción de Eugenia
Vázquez Nacarino
Barcelona, Alpha Decay,
2026, 106 pp.

Hubo un tiempo en que Cynthia Ozick era también Henry James. A sus veintidós años era una joven miope que pretendía escribir una novela, pero a la vez se había convertido en el anciano escritor. No le faltaba nada, ni la calva, ni la barriga, ni el bastón. Ozick dio los detalles de esta mutación en “The lesson of the master”, y puede parecer gracioso, pero la influencia del maestro resultó ser su perdición. Después de siete años trabajando en una novela, tuvo que abandonarla porque no acababa de encontrar su voz. Luego pasó otros siete años escribiendo *Trust* y, aunque obtuvo buenas críticas, no tuvo el éxito que esperaba. Pensó entonces que llevaba años adorando al dios equivocado (la Literatura) y decidió bajar del altar al que hasta entonces había sido su santo patrón (Henry James). Además de liberarse de su *alter ego*, tendría que abrazar con más ahínco su propia religión. De ahí en adelante sería ella y solo ella, una escritora original, decididamente judía, tan digna de estar en el olimpo literario como James o más.

En las casi seis décadas que han pasado desde entonces, Ozick ha dedicado su carrera a no olvidar. Todos sus libros pueden leerse como intentos de preservar el patrimonio cultural judío en un entorno, el estadounidense, en el que corre un serio riesgo de desaparecer por asimilación. Al igual que otros escritores que se encontraron en la misma tesitura, como Saul Bellow o Philip Roth, la identidad judía ha ocupado siempre un papel central en su

narrativa; la religión siempre ha tenido un peso mayor. Este aspecto no debería echar a nadie para atrás. El fuerte componente religioso de la obra de Flannery O'Connor y Marilynne Robinson, por ejemplo, no le resta un ápice de su valor literario. En el caso de Ozick, además, lo sagrado viene siempre de la mano de lo cómico (recordemos que en su relato “El rabino pagano” un hombre se entregaba a un romance con una ninfa de los bosques porque “las Escrituras no prohíben la sodomía con las plantas”). Así que, por favor, que nadie se asuste al abrir el libro y encontrarse con una cita del Deuteronomio. Estamos hablando de Cynthia Ozick, una de las mejores escritoras vivas y también una de las más divertidas.

En *Antigüedades* la escritora retoma los temas de siempre desde una perspectiva distinta. Esta vez el narrador es un anciano WASP con ramalazos de antisemitismo. Estamos en 1949 y, aunque “los periódicos están plagados de truculentas historias de campos y hornos”, Lloyd Wilkinson Petrie “no sabe qué creer”. Antes que meterse en esas “contendias públicas”, prefiere perderse en sus propias reflexiones. Le han pedido que escriba unas breves memorias para salvaguardar el legado de la Academia Temple, una institución venida a menos situada en el condado de Westchester, Nueva York. “Temple” significa ‘templo’, pero además guarda relación con los Temple, primos de Henry James. Aunque un día la Academia gozó de mucho prestigio, ahora el retrato de James está guardado en la caja fuerte de un banco y las estanterías de la biblioteca están llenas de cagarutas de roedores.

La escritura de las memorias no será tarea fácil para Petrie. El lenguaje no le acompaña (ha trabajado toda la vida en un bufete y solo maneja términos jurídicos), sus compañeros de la Academia no parecen por la labor de dejarlo avanzar, y luego están los achaques propios de la edad, con los previsibles fallos de memoria. El punto de

partida de Petrie es el cuaderno de viaje de su padre. Antes de que él naciera, su padre abandonó su trabajo en el bufete y a su joven esposa para ver de cerca las excavaciones en la ribera del Nilo. De aquella aventura descabellada, nuestro protagonista conserva una serie de objetos, ¿antigüedades?, cuyo significado no acierta a comprender.

El lejano Egipto aparece también en la vida del narrador por otra vía. Durante unos años coincidió en la Academia con un enigmático estudiante que decía ser descendiente de la comunidad judía de Elefantina. Desde el principio se intuye que hay algún tipo de vínculo entre los dos, una especie de pasado común, pero todo lo que rodea a su relación se mueve en las arenas movedizas de la ambigüedad, así que es complicado sacar algo en claro. La presencia de este personaje en un entorno tan elitista, y antisemita, es tan improbable que el propio narrador llega a dudar de su existencia, y Ben-Zion no contribuye precisamente a su claridad mental cuando dice ser una aparición. En una autora en la que lo fantástico coexiste con total naturalidad con lo cotidiano (en “Levitación” una habitación llena de judíos se eleva por los aires en una fiesta) no puede extrañar que se trate de un fantasma. Ozick también nos tiene acostumbrados a los desdoblamientos (ahí tenemos a la gólem y Ruth Puttermesser en *Los papeles de Puttermesser*), así que la idea de que sea una suerte de doble del narrador tampoco puede descartarse. Más allá de cómo lo interpretemos, lo importante es el trozo de pasado que la presencia de Ben-Zion desentierra. Los judíos de Elefantina pasaron a la historia como mercenarios y fueron excluidos tanto por los gentiles como por el resto de judíos. Erigieron un templo en honor a Yahvé, pero, como estaba muy cerca de un santuario dedicado a una antigua deidad egipcia, fueron acusados de adorar a falsos ídolos. Ozick supo de este templo “maldito” por su hija y su yerno, arqueólogos de profesión, y por boca de Ben-Zion da otra versión

de los hechos. De paso, aborda uno de sus temas por excelencia: la idolatría.

Una de las diferencias entre el narrador y Ben-Zion es el respeto que muestran por la historia y la cultura. Al elefantino le interesan los clásicos de la literatura inglesa como *Ivanhoe*, *Robinson Crusoe* y *Adam Bede*, y él mismo se expresa como un libro. El narrador, en cambio, no sabe gran cosa de ellos y reconoce que jamás los leería por gusto. A pesar de las diferencias y del antisemitismo imperante en la Academia, la cercanía entre ellos será cada vez mayor: “Allí fue donde me encontré inesperadamente a solas con Ben-Zion Elefantino. Nos quedamos frente a frente, mojados y desnudos y temblando; pero la llamarada de su pelo estaba apagada por el agua, y tenía unas costillas tan esqueléticas como sus penosas rodillas.” La creciente intimidad entre ellos tiene tintes homoeróticos, pero solo si hacemos una lectura literal. Por desgracia, en el plano simbólico, los judíos escuálidos en las duchas nos remiten también a otro lugar. Ozick es una maestra de la yuxtaposición de planos y eso hace que este librito de poco más de cien páginas dé mucho más de sí que libros que lo triplican en extensión. También exige que el lector esté muy atento a los detalles. De hecho, en un momento de la narración, a través de la pluma de Petrie, Ozick apela a él directamente: “El lector atento (si tal lector existe a estas alturas) es mi testigo.”

Con todo, por muy atento que esté, es posible que cuando llegue al final tenga la impresión de que se le ha escapado algo. El escritor Joseph Epstein criticó en una ocasión los finales de Cynthia Ozick sirviéndose de una metáfora taurina. Según él, después de haber demostrado con creces su buen hacer en el ruedo, la escritora solía acabar con el toro lanzándole una granada. El final de *Antigüedades* es más enigmático que impactante, pero también creo que es el único final posible. Dada la edad del narrador y su desconocimiento de la cultura

judía, es lógico que haya puntos ciegos en su narración y al final queden algunas incógnitas sin despejar. Solo alguien que esté muy familiarizado con la cultura judía (o haya leído las anteriores novelas de la autora) sabrá por qué una jarra cuyo cuello tiene forma de cigüeña puede resultar ofensiva para un judío. En cualquier caso, no hace falta que el lector descifre todos y cada uno de los detalles para disfrutar de la narración. Aquí y allá hay ejemplos de una prosa sobresaliente y frecuentes arranques de humor. Aunque no sea el mejor libro de Ozick (no deja de parecerme raro que el meollo de las memorias de un anciano con ciertas actitudes antisemitas sea el testimonio de un judío que conoció brevemente en su época escolar), *Antigüedades* contiene todos los ingredientes que han hecho de ella una de las escritoras más reconocidas y admiradas de nuestro tiempo. A diferencia de su protagonista, “cómodamente suspendido en la lasitud”, Ozick sigue escribiendo con el mismo vigor de siempre. Tenemos mucha suerte de que sea así. ~

REBECA GARCÍA NIETO es escritora y traductora. En 2024 publicó *El color y la herida* (De Conatus).

ENSAYO

El despotismo de la izquierda cerebral

por **Roger Bartra**



Iain McGilchrist
EL MAESTRO Y SU EMISARIO.
EL CEREBRO DIVIDIDO
Y LA CONFORMACIÓN DEL
MUNDO OCCIDENTAL
Traducción de Dulcinea Otero-
Piñero
Madrid, Capitán Swing, 2025,
1080 pp.

El psiquiatra británico Iain McGilchrist ha dedicado un voluminoso libro a demostrar que hay una estrecha relación entre el cerebro dividido en dos hemisferios y la historia

del mundo occidental. El punto de partida es una historia narrada por Nietzsche en la que un gran maestro requiere para extender su influencia espiritual de un emisario, un visir que acaba volviéndose más poderoso que su mentor. El hemisferio derecho es el gran maestro y el emisario es el hemisferio izquierdo. Hay dos mundos generados por ambos hemisferios y dos formas opuestas de relacionarse con la realidad. Son dos formas de experiencia que luchan por el poder. La primera parte del libro expone las diferencias entre los hemisferios casi como si fuesen personas, es decir, una sola conciencia que encarna en dos voluntades diferentes y en gran medida opuestas, pero que se ven obligadas a coordinarse. Es una lucha por el poder de dos entidades desiguales, la superior es el hemisferio derecho, pero se encuentra sometido por el hemisferio inferior, que es el izquierdo.

El hemisferio izquierdo ve las cosas independientes de su contexto como piezas separadas de información, mientras que el derecho comprende la totalidad, tiene una visión amplia, vigilante y atenta a las señales del entorno. El hemisferio izquierdo es impersonal y abstracto, es estático y fragmentado en compartimentos. El hemisferio derecho identifica expresiones emocionales, no comprende lo abstracto más que en su contexto y es el responsable de un sentido coherente y unificado del yo. El hemisferio izquierdo es conceptual, instrumentalizador y está centrado en la sintaxis y el vocabulario. El hemisferio derecho usa como su expresión natural a la música y se especializa en la comunicación no verbal. McGilchrist ve al izquierdo como el hemisferio del *qué* y al otro como uno del *cómo*. El hemisferio izquierdo construye las imágenes en forma lineal, secuencial y unidireccional. En contraste, el derecho es el único que entiende metáforas y se basa en la emoción y la experiencia.

Del lado izquierdo dominan las razones, en el derecho lo hacen las pasiones. El izquierdo es el mundo de la individuación y en el derecho domina la coherencia.

McGilchrist habla de un chovinismo del hemisferio izquierdo, que cree que tiene el control, aunque se basa en el hemisferio derecho. Su superioridad se sostiene en incapacitar al hemisferio derecho. Mientras el derecho está en contacto con el mundo vivo, el izquierdo es como un libro guardado en un estante: es estático, selectivo, organizado, revisitable y encerrado en fronteras precisas; es como un extracto congelado de la vida que solo despierta al ser leído. Este hemisferio izquierdo es competitivo y busca el poder, es la esfera del habla frente al hemisferio derecho, que no tiene voz pero en donde dominan los afectos.

He resumido aquí muy sucintamente la tesis de McGilchrist, que se fundamenta en una enorme cantidad de referencias neurológicas sobre la asimetría del cerebro, un hecho muy explorado. Lo que es propio de McGilchrist es que ha construido con la información científica dos grandes bloques que fundamentan su interpretación del funcionamiento del cerebro y que usa para explicar la naturaleza humana y el desarrollo de la cultura occidental como la expresión de estos dos mundos conformados por los hemisferios en que se divide la masa encefálica. También es característica de McGilchrist esta personificación de las dos esferas, aunque él advierte que no quiere reducir los hemisferios al comportamiento de dos personas. De hecho, como veremos, las ha reducido más bien a dos personalidades divinas, siguiendo a Nietzsche, a Apolo y a Dionisos. Otro problema que se desprende de su peculiar interpretación radica en que su descripción entera de los dos bloques fundamentales del cerebro humano tiene toda la apariencia de haber sido generada

en gran medida por el hemisferio izquierdo de su propio cerebro, aunque constantemente critica el despotismo de ese lado. No nos explica cómo pudo liberarse de esa tiranía, que es la misma que le ayuda a construir una interpretación global enfocada en los hemisferios como piezas separadas y abstractas detectadas por la racionalidad científica. La teoría de McGilchrist se basa en los hechos reales que muestran que los dos hemisferios funcionan de manera diferente; pero el problema es que ha convertido esas diferencias en un modelo total para entender tanto la naturaleza humana, la conciencia y el comportamiento, así como la historia, la cultura y el pensamiento de la sociedad occidental.

En la segunda parte despegamos de las funciones neuronales para volar hacia los efectos de la asimetría del cerebro en todo el mundo europeo, desde la Antigüedad grecorromana hasta nuestros días. Divide el mundo en dos esferas o tendencias, la apolínea y la dionisiaca, que como señalé corresponden a los dos hemisferios. La historia del mundo occidental refleja el creciente pero accidentado dominio del hemisferio apolíneo. Nos presenta una sofisticada reducción de la vida social y cultural a un determinismo neuronal que cruza los siglos y que se expresa en una dualidad casi mecánica provocada por las peculiaridades de los hemisferios. Se trata de una historia de Occidente vista a la luz de la polaridad neuronal, llena de recovecos, vueltas, tensiones e ilusiones, muy bien narrada y estimulante por sus numerosas sugerencias. Pero, a fin de cuentas, es una rígida reducción a un determinismo cerebral expuesto con la lógica y el rigor que atribuye al muy racional hemisferio izquierdo.

Describe con agilidad el periplo del hemisferio derecho, el que cree pero no sabe, y que tiene que depender del otro, el izquierdo, que sabe pero no cree. La historia es atractiva, pero no

es creíble desde mi punto de vista, seguramente emanado de la izquierda neuronal. Reconoce que, en el mundo antiguo, hubo cierto equilibrio, pero Apolo fue gradualmente dominando. Cree que en el Renacimiento hubo un predominio de la derecha dionisiaca, aunque al final hay un énfasis en el lado izquierdo. Cree que la Ilustración culminó en las ideas de igualdad, libertad y fraternidad, pero convertidas en abstracciones gracias a la izquierda apolínea. Con alegría cree que el Romanticismo manifestó el dominio del hemisferio derecho, pero la Revolución Industrial se convirtió en el más audaz asalto del cerebro izquierdo contra el mundo del derecho. Cree que con el Modernismo llega un exceso de conciencia y de lo explícito, que predominan sobre lo que necesita permanecer implícito e intuitivo; hay una despersonalización y una enajenación que nos despoja del cuerpo y del sentimiento empático, a lo que se agrega una disrupción del contexto, una fragmentación de la experiencia y una pérdida de la mediación.

La conclusión del libro nos ofrece una descripción de cómo sería un mundo completamente dominado por la izquierda del cerebro: fragmentado, con las individualidades aplastadas, lleno de resentimiento, con un énfasis en la igualdad y la uniformidad. Políticamente, en este mundo habría un gobierno que buscaría el control total, que aplastaría la libertad individual y menospreciaría la responsabilidad de cada persona. Lo razonable sería remplazado por lo racional. Habría una falta de fuerza de voluntad como forma de autocontrol, pero una mayor voluntad en el deseo de manipular y en la codicia adquisitiva. Esta distopía ocurriría si el emisario traiciona a su maestro, y McGilchrist confiesa que es difícil resistir llegar a la conclusión de que el propósito del emisario se encuentra cerca. Reconoce que el emisario es un buen sirviente, pero un maestro

muy pobre. Pero no todo está perdido debido a que hay tres aspectos de la existencia humana que debilitan al hemisferio izquierdo: el cuerpo, el alma y el arte, que son los vehículos del amor. Tiene una vaga esperanza en que la cultura oriental, que no ha sido sometida por la izquierda cerebral, pueda contribuir a liberar al mundo del despotismo del hemisferio apolíneo. Si Oriente se escapa de esta dominación, nos hace pensar que McGilchrist cree que la cultura es capaz de restaurar la hegemonía de la derecha cerebral. Pero su tendencia a intercalar extensas digresiones constantemente hace difícil entender dónde radica su esperanza en que nos escapemos de la tiranía.

En su traducción al español este libro tiene unas mil páginas. Quiero advertir al lector que, si quiere acabar de entender la teoría de McGilchrist, deberá leer en inglés las más de 1.500 páginas de la continuación de su argumento en su siguiente libro, *The matter with things. Our brains, our delusions, and the unmaking of the world* (2021). Yo ya comencé la lectura de este segundo volumen, pero no estoy muy seguro de terminarla, pues es muy repetitivo y está lleno de divagaciones. Una reseña escrita por el médico y filósofo Raymond Tallis ("Left-thinking people", publicada por *Literary Review* en abril de 2022) nos indica que está dirigido a los creyentes del Evangelio de los Dos Hemisferios, y que contiene una crítica reduccionista al reduccionismo (algo que ya hace también en el libro que reseño aquí). No deja de ser inquietante esta expresión tan atractiva de un determinismo dogmático con tintes religiosos. ~

ROGER BARTRA es antropólogo, sociólogo e investigador emérito por la UNAM. En 2024 publicó *Ecos de la melancolía. Un viaje musical* (Anagrama) y la edición ampliada de *Antropología del cerebro. Conciencia, cultura y libre albedrío* (Grano de Sal).

ENSAYO

La política que nos merecemos

por Luis Miller



Benito Arruñada
LA CULPA ES NUESTRA
Madrid, La Esfera de los Libros,
2025, 512 pp.

¿Se puede escribir una suerte de enciclopedia sobre la sociedad española y lograr que la tesis sea sencilla y reconocible al instante? Se puede, y el profesor Benito Arruñada lo ha hecho en *La culpa es nuestra* (La Esfera de los Libros, 2025). Como me parece una hazaña poco común, tuve que preguntarle al propio autor cómo lo había conseguido. Este es un libro cocinado a fuego lento: comenzó a gestarse cuando en España se desplegaba la última oleada del regeneracionismo patrio, a mediados de la década pasada, y se cierra ya en este mundo pospandémico poblado de ensayos desengañados ante la división atávica de la sociedad española. En sus páginas se reconocen con claridad los distintos momentos de escritura: el eco del *procés* catalán, la fiebre interpretativa de la pandemia o la desesperanza de una España contemporánea que ha terminado por normalizar el bloqueo político.

¿Cuál es la tesis que logra aunar momentos tan diversos? En realidad, el libro es tan transparente que basta con leer su título. *La culpa es nuestra* condensa una idea tan incómoda como simple: las decisiones de los gobernantes tienden a ajustarse a las preferencias de la mayoría. No por virtud democrática, sino por una relación peculiar entre políticos y ciudadanos que ha costado tiempo desentrañar a las ciencias sociales y que Arruñada explica con notable

claridad. Por un lado, los políticos se orientan casi exclusivamente a satisfacer esas inclinaciones; por otro, los ciudadanos continúan votando a sus candidatos preferidos incluso cuando estos se revelan incompetentes, corruptos o abiertamente mendaces. Pero el elemento decisivo es otro: las preferencias de los ciudadanos son a menudo inconsistentes. El resultado es una política que no se organiza para mejorar la sociedad, sino para dar satisfacción a demandas ciudadanas que, con demasiada frecuencia, se alejan del bien común.

A partir de esa tesis, el libro no deja títere con cabeza. Con un estilo analítico, pero al mismo tiempo incisivo, aborda cuestiones tan diversas como las finanzas públicas, el problema de la vivienda, la educación o la organización territorial de España. En todos los casos identifica relaciones perversas entre el Estado —la esfera pública— y el mercado como mecanismo regulador de la esfera privada. Arruñada muestra con claridad cómo el Estado, en demasiadas ocasiones, deja de intervenir allí donde existen fallos evidentes de mercado y, en cambio, actúa con intensidad en ámbitos donde acaba generando más problemas de los que resuelve. Tras estos diagnósticos subyace lo que quizá sea uno de los mayores problemas de ciudadanos y países: la inconsistencia intertemporal de nuestras preferencias.

El mejor ejemplo son las pensiones, donde la ciudadanía manifiesta deseos abiertamente contradictorios: quiere el máximo de prestaciones hoy y, al mismo tiempo, que el sistema sea sostenible a largo plazo. Pero ocurre también en la educación, donde los padres preferimos que a nuestros hijos se les exija lo menos posible en el presente, pero aspiramos a que obtengan altas recompensas en el futuro.

El libro no encaja en ninguno de los esquemas políticos que dominan la política contemporánea, pero resulta igual de incómodo para la esfera privada. Arruñada no deja de poner

el foco en verdades sobre las que preferimos no detenernos. Por ejemplo, afirma sin rodeos: “Muchos maestros actuales fueron alumnos con bajas calificaciones en selectividad y, durante Magisterio, apenas cursaron algo más que pedagogía, lo que quizás empeora su docencia.” No es el primero en señalar que parte del problema del sistema educativo reside en la baja calidad del profesorado, pero pocos se permiten decirlo de una forma tan directa. Del mismo modo, se detiene en mostrar cómo las generaciones más jóvenes tienen muy claro el estilo de vida que desean —el tipo de familia, el número de hijos, el barrio en el que quieren vivir o los colegios a los que aspiran—, pero “desconocen casi por completo los costes reales de ese estilo de vida”. En conjunto, el libro funciona como una auténtica bofetada intelectual para los indignados del siglo XXI.

En el terreno estrictamente político, el libro es especialmente severo con el agotamiento del modelo progresista. Arruñada señala que “muchas clases medias aún siguen aferradas a sus lujosas e irreflexivas creencias tanto migratorias como medioambientales e identitarias”, pero no ahorra tampoco críticas a la deserción intelectual de la derecha a la hora de proponer una alternativa coherente. Una derecha que, escribe, “lleva décadas limitándose a gobernar para, en esencia, corregir los excesos previos de la izquierda, pero sin defender ideas propias”.

A pesar de un panorama tan apocalíptico como certero —al menos a mi juicio—, Arruñada no renuncia del todo a la tarea del intelectual regeneracionista y se permite abrir una ventana a una posible mejora de nuestra política. Su aproximación, sin ser especialmente novedosa, sí desplaza el foco respecto a las recetas más habituales de los últimos años. El núcleo de su propuesta es la mejora del mercado de la información. La receta me resulta atractiva. Pero, aplicando el mismo martillo analítico que el autor

emplea a lo largo de cientos de páginas y decenas de asuntos, cuesta creer que una mayor transparencia baste para resolver los problemas de fondo. Somos demasiado egoístas en lo individual y demasiado tribales en lo social como para pensar que más información, por sí sola, vaya a ayudarnos a organizarnos mejor.

Como punto de partida para una posible solución a los problemas que el libro identifica con tanta lucidez, prefiero otro ángulo. Arruñada afirma hacia el final que en la polarización “habría algo de esperanza”, y no puedo estar más de acuerdo. Creo que los problemas que más nos preocupan en España —y en muchas otras democracias avanzadas— pueden encontrar un principio de solución en la radicalidad de los cuestionamientos a los consensos heredados. Reivindico aquí el conflicto político no como una patología, sino como la precondition para la aparición de ideas verdaderamente innovadoras que nos permitan salir del bloqueo actual. Ahí es donde sí veo esperanza: no en la capacidad del ser humano para volverse más consciente o más informado, sino en la capacidad de la competición política y social para extraer lo mejor de nosotros mismos.

La culpa es nuestra daría para escribir muchas más páginas, quizá incluso un largo ensayo de respuesta, pero eso ya no cabe en una reseña. Prefiero terminar con una de las frases que más me han marcado y que resume otra de las grandes aportaciones de Arruñada: su amplísima perspectiva histórica. Escribe que “la crisis de la década de 1930 se asoció en parte a una competencia muy intensa entre partidos débiles”. Tengo la impresión de que algo muy similar nos está ocurriendo un siglo después, aunque ya no solo entre partidos. Vivimos en sociedades en las que organizaciones, grupos y colectivos intelectualmente frágiles y pobremente estructurados se enfrentan con ferocidad en el terreno de las ideas, y el resultado es, con

demasiada frecuencia, el vacío. Un vacío que solo en contadas ocasiones se llena con reflexiones tan necesarias y atemporales como las que aquí nos ofrece Benito Arruñada. ~

LUIS MILLER es doctor en sociología y científico titular del Instituto de Políticas y Bienes Públicos del CSIC. En 2023 publicó *Polarizados. La política que nos divide* (Deusto).

CUENTOS

Vidas en miniatura

por **Aloma Rodríguez**



Soledad Puértolas
EN EL CAMPING
Barcelona, Anagrama,
2026, 144 pp.

Soledad Puértolas (Zaragoza, 1947) combina la escritura de novelas con la de relatos. *En el camping*, su libro más reciente, reúne diez cuentos que parecen darle la razón al escritor irlandés Frank O'Connor a propósito de la hipótesis que plantea en su ensayo *La voz solitaria* —acaba de ser publicado por primera vez en español en La Navaja Suiza—: el relato corto es el género de la expresión del individuo. En el caso de los cuentos de Puértolas no es tanto que los personajes estén solos —algunos lo están, otros se sienten así, por mucho que estén acompañados—, como que la voz que construye en cada uno de los relatos es, efectivamente, una voz solitaria y el cuento es, más allá de la peripecia o la anécdota en que se detenga, el ejercicio de construcción de una individualidad a partir de esa voz. Lo que importa no son tanto los enredos sentimentales y ajenos que cuenta Liliana en “Amores”, por citar uno de los cuentos que más me ha gustado del libro, sino cómo a través de ese relato nos adentramos en

su pensamiento, es decir, en la identidad de Liliana.

El volumen, fino por lo demás, se abre con “Amistad”, un cuento que repasa la relación de Carla y Amelia a lo largo de los años y que marca el tono del libro. El tema, las relaciones y sus derivas de afecto y frecuencia variable, reaparece en varias piezas, como “En el camping”, cuento que cierra la colección y le da título. De hecho, podríamos establecer en esa observación de la extrañeza de las relaciones uno de los ejes del volumen. Está en “Un pariente lejano”, donde tira también de las relaciones familiares, sobre lo que insiste en “Un día de playa”. En “Secretos” la inopinada y exitosa carrera como columnista de un hombre va en paralelo con su aventurilla extramarital; “Teléfonos” es un relato sobre cómo algunos episodios de la infancia se quedan fijados, incluso en su interpretación errónea o inexacta. En “Escritores que hablan de sus vidas” un autor de literatura juvenil hace autoexamen y se perdona por haber participado, a cambio de un dinerillo, en el número de una revista literaria dedicado a los diarios, siendo él un escritor de ficción. Se reafirma: “Seguiré inventando historias. Es en ellas donde me reconozco como la persona que me parece que soy.”

“Del Danubio al Maestrazgo” es una de las dos rarezas —temáticas y de naturaleza— de este libro. Aquí Puértolas dialoga con su primer libro de relatos, *Una enfermedad moral* (1983), en concreto, con el cuento “La orilla del Danubio” y uno de los personajes allí mencionados: Casto el Aragonés. “Situémonos en algún momento del siglo XVI. La España Imperial se ha aliado, eventualmente, con el Turco. Un batallón de hombres reclutados en miserables aldeas de todos los rincones de la península, pero sobre todo del más polvoriento interior, se dirigen hacia el corazón de Europa para defender las fronteras del Imperio. Ahí, en el batallón, está Casto”,

escribe Puértolas en 2026. La leyenda de Casto dice que cruzó el Danubio —“en una barca de remos”— para volver a su tierra, el Maestrazgo: “Fue bajando casi en línea recta y llegó, tampoco se sabe en cuánto tiempo, a su querido paraíso, a los verdes valles que en primavera se teñían de rosa y exhalaban el olor de los almen-dros. Cualquiera puede adivinarlo: eso es el Maestrazgo.” Además de una carta de amor a un paisaje (y a sus gentes), es una declaración de sumisión a las leyendas, de las que dice que “te atrapan, como los sueños. Están muy cerca de ese mundo inconsciente, donde todo cambia de perspectiva y el tiempo corre de otra manera, un personaje se convierte en otro sin la menor justificación, y ocurren las cosas más absurdas e inverosímiles. Pero alguna verdad hay en los sueños”.

“Annemasse” —la otra rareza del libro— es la carta de una mujer a la posible bisnieta de Clothilde Roch, escultora y autora de la estatua de Miguel Servet que hay a la entrada del hospital que lleva su nombre en Zaragoza. La bisnieta se llama como la bisabuela, y la carta se envía a la nube, esperando que llegue a su destinataria. Quien escribe es una mujer cuyo padre “sentía auténtica veneración” por el científico aragonés. La pieza es un paseo por la figura de

Servet, condenado por hereje y quemado en la hoguera; salen también Orwell y el conflicto no resuelto de los bienes de Sijena (Servet nació en Villanueva de Sijena). Estos cuentos abren otro camino con respecto al resto de las piezas del volumen: aparecen la leyenda y la historia, sin renunciar a “la voz solitaria”.

Los cuentos de *En el camping* son exploraciones en vidas ajenas, reales o imaginadas; los protagonistas asumen con deportividad los giros de la vida, los mecanismos invisibles por los que las cosas terminan siendo como son, en las relaciones familiares, amorosas o de amistad. Hay en el libro una prosa calmada y segura, firme, un oficio que da confianza sin apabullar y que invita a seguir mirando esas vidas ajenas. A propósito de la colección de relatos que publicó en 2016, *Chicos y chicas*, Puértolas se refería a sus cuentos como “pequeñas novelas bonsái”. Ahí encajan como un guante los de *En el camping*, miniaturas de vida, como las bolas de nieve que uno mira tratando de entender qué hay en ellas que las hace tan hipnóticas. ~

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2025 publicó *Una inesperada ilusión* (PUZ).

